

LA FASCINACIÓN POR VIENA

Por Russell A. Berman

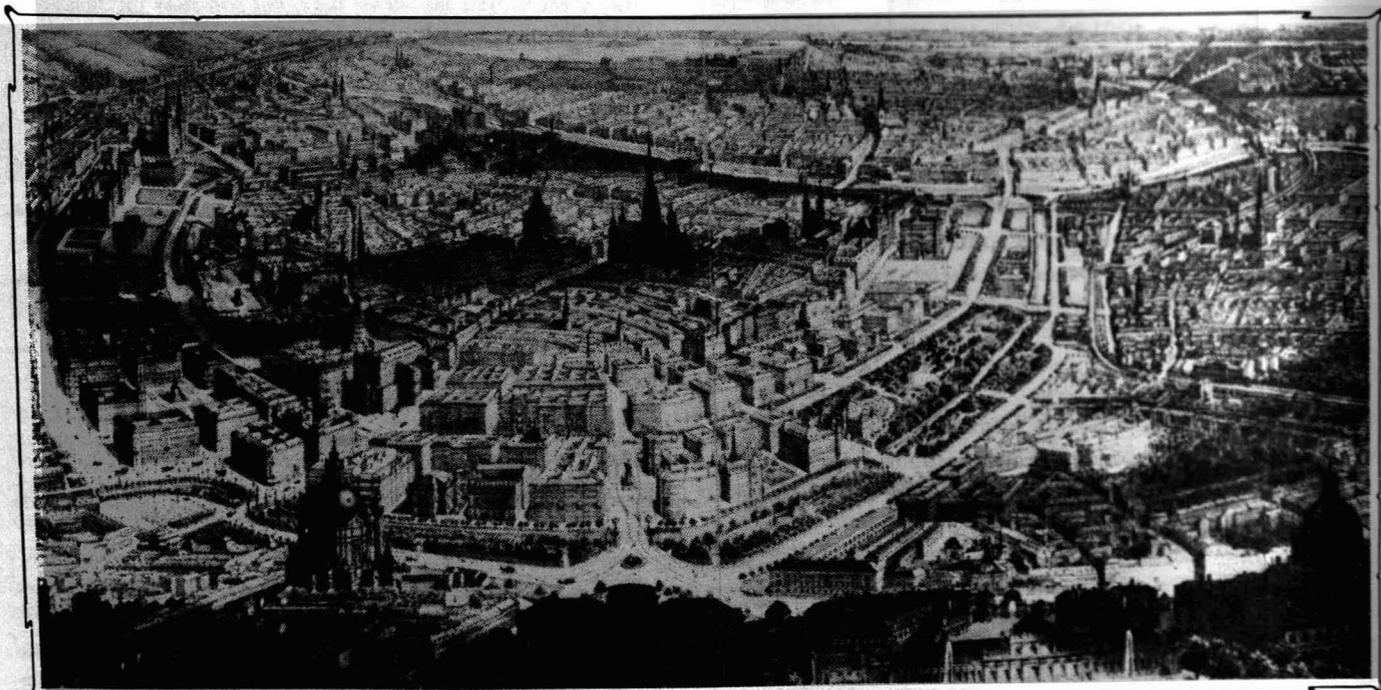
El descubrimiento de Europa Central

Otro espectro está rondando Europa, y alcanza incluso a Manhattan. Setenta años después de su asesinato, en una bochornosa tarde de Sarajevo, Su Excelencia el Archiduque Francisco Fernando ha retornado, trayendo con él una "danse macabre", la celebración multinacional de un imperio multinacional desaparecido desde hace ya largo tiempo. Visto por primera vez en Venecia en el Palazzo Grassi en el verano de 1984, reapareció rápidamente en una antigua guarida, el Künstlerhaus, en Viena, y luego se apresuró a conquistar el mundo: el Centro Pompidou en París, y ahora el Museo de Arte Moderno en Nueva York.

Mientras el fin del siglo se aproxima, el "fin-de siècle" es redescubierto. ¿Cómo explicarse esta fascinación por Viena? Permítaseme dejar de lado las confabulaciones barrocas y las meditaciones metafísicas sobre el inminente colapso de otro imperio y ofrecer, en lugar de ello, una sugerencia más sobria. Después de Alejandro, del Rey Tut, de China, de El Vaticano, y de los impresionistas, Viena es otro gigantesco show, una nueva posibilidad "única" en la vida, un esfuer-

zo tenaz por deslumbrar a un público ahito que, de otra manera, no tendría ni paciencia ni interés por las impresionantes pero no sensacionales colecciones permanentes de los más importantes museos. La megaexhibición es una atracción turística, y las amplias galerías que, bajo circunstancias normales, se encuentran tan vacías como una iglesia un lunes por la mañana, están mágicamente repletas con el bullicio de las multitudes curiosas, apresuradas, y ávidas de cultura. Los actuales son tiempos difíciles para la alta cultura, de tal modo que las administraciones de los museos quedan extasiadas cuando las estadísticas sobre la concurrencia se elevan hasta el hiperespacio, justificando las hipertróficas subvenciones; un cálculo venal que nadie debería subestimar en una cruel época de reducción del presupuesto.

¿Es Viena realmente sólo otra oportunidad para que los burócratas de la cultura obtengan una rápida estabilidad? Este señalamiento suena cercano a un marxismo vulgar, que reduce toscamente las complejidades culturales a una parsimonia mezquina. Vulgar o no, es en realidad una explicación economicista que sigue siendo abstracta, irremediamente cegada en la oscuridad de una noche en la cual todos los ga-



Vista de la Ringstrasse, Viena, 1880

tos son Klimt. A pesar de las dificultades compartidas de la actual política de los museos, cada uno de ellos ha manejado el material de manera diferente. En Italia, Austria, Francia y los Estados Unidos, la Viena imperial jamás ha usado el mismo vestido dos veces. Su apariencia es tan proteica como el demonio en *Doctor Faustus*, marcada en cada ocasión por las preocupaciones singulares del respectivo espectador. Los venecianos limitaron su retrospectiva a las dos décadas anteriores a 1918, tal como lo indicó el subtítulo de la exhibición: "De la Secesión a la caída del Imperio de los Habsburgo". Una nostalgia irredentista apenas oculta recuerda a una geografía política previa, que incluía las provincias del norte de Italia en una Confederación centroeuropea (es evidente una arqueología similar de la Monarquía Dual, por razones diferentes, por supuesto, en la visión húngara del director Istvan Szabó, cuyo reciente film, *Coronel Redl*, aún incluye un homenaje al Emperador Francisco José).

En contraste, la nueva representación vienesa de la antigua Viena arroja un nuevo balance: el periodo entre 1870 y 1930, fechas —ambas— artificiales, y posiciones obvias de las ocultas señales políticas: el *Ausgleich* con Hungría en 1867 y la guerra civil de 1934. Mientras que la periodización oficial disfraza la agenda política, describe simultáneamente un margen histórico que otorga el mismo periodo a grupos políticos competitivos, rasgo característico del compromiso social austriaco: los conservadores pueden regocijarse en el aura imperial de los antiguos y felices días anteriores a 1918, mientras que los socialistas se regocijan con las memorias de la Primera República y las políticas municipales de bienestar estatal de la Viena Roja. Pero ambos grupos pueden unir sus manos en el patriótico centro de exhibición donde, en frente de un busto de la Emperatriz Elisabeth, el uniforme manchado de sangre del Archiduque, aquel sofocante día en Sarajevo, es desplegado en absoluta gloria. ¿Es esto arte?

Aparte del ceremonial del heredero de Austria-Hungría, el material vienes atraviesa por otra metamorfosis. En una de las últimas fortalezas de la autonomía estética, el Museo de Arte Moderno, el énfasis ha sido puesto en la innovación artística, en el legado de grandes pintores —Klimt, Schiele, Kokoschka— y Viena aparece como uno de los crisoles del modernismo estético. Sin embargo, la exhibición parisina enfatizó el irracionalismo vienes, los ornamentos hieráticos, los excesos míticos, y las alegorías del psicoanálisis: Viena como el lugar de nacimiento del postmodernismo, evidentemente el opuesto total de la versión neoyorkina.

Estas cuatro permutaciones de Viena son indicativas de las particulares inquietudes locales que condujeron a apropiaciones extraordinariamente divergentes del material cultural histórico, como si la Viena de "fin-de siècle" fuera —objetivamente— una absoluta nada o sólo un escenario vacío en el cual los diversos grupos de administradores culturales facultados pudiesen proyectar sus intereses específicos. Se podría rotular esta solución como un señalamiento pro-

piamente vienes, recordando a Mach, Wittgenstein, y quizá aún a Freud, en la medida en que las percepciones del material son reducidas tan sólo a muchas impresiones subjetivas e ilusiones discretas, sin un sustento fundamental. Las variaciones sobre la Viena del pasado resultarían ser, entonces, un catálogo abierto de variadas inquietudes culturales locales sobre el presente.

Este modelo pluralista de interpretación es muy recomendable, especialmente valioso como diagnóstico en el examen de la especificidad de los grupos culturales realmente existentes, pero quizá no sea la historia total. ¿No deja acaso de lado el bosque vienes por los árboles? Al dispersar el material en cuatro percepciones distintas, ignora el hecho de que en los cuatro casos se trata del mismo objeto el que atrae la atención del observador. No importa cuán único sea el disfraz. En Venecia, Viena, París y Nueva York, existe una inquietud compartida hacia el legado de la Austria de fin de siglo, y sería valioso considerar si se puede descubrir una agenda que sea igualmente común y escondida.

Permítaseme proceder con esta ya admitida y tenaz interrogación a través de una mezcla de negación y asociación libre. Si no Viena, ¿entonces qué? El interés internacional en la cultura y en la historia de la Europa de habla alemana se centró, durante muchas décadas, en preguntas políticas monumentales: las causas de la Primera Guerra Mundial; y, posteriormente, el surgimiento y caída del Tercer Reich, tópico que regresó en cientos de filmes y novelas populares. Era Hitler y de ningún modo el Archiduque Francisco Fernando quien fascinaba a la imaginación colectiva, la cual, a su vez, jamás percibió a Hitler, de manera significativa, como austriaco. Este interés, la específica fantasmagoría de la Guerra Fría, sufrió una modificación cuando la generación de los sesentas descubrió una afinidad electiva con la revolución cultural de los veinte, la República de Weimar, el teatro de Brecht, el expresionismo, la vanguardia radical, y en un empaque más popular, el encanto del cabaret. La similitud de este cambio de interés es más bien obvio y no necesita ser elaborado: el común denominador es una confluencia de experimentación cultural y ra-



Gustav Klimt



Bertolt Brecht



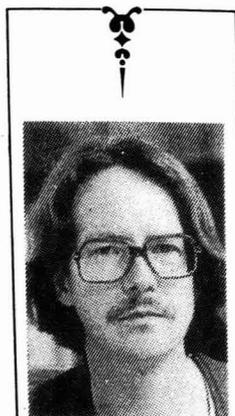
Oskar Kokoschka

dicalismo político.

Ya en marzo de 1968, Peter Handke apuntaba a lo que vendría en un artículo provocativamente titulado "Horváth es mejor que Brecht". Una frase que desafiaba a descubrir un ímpetu político por debajo de la fascinación por Viena, que ha desplazado a la República de Weimar del movimiento estudiantil. Sin embargo, las cuatro exhibiciones parecen evitar cualquier tribuna política obvia, ya sea excluyendo el material político o incluyendo sólo observaciones breves, contextualizadoras, con respecto a los movimientos políticos locales. La exhibición en Viena menciona a Karl Lueger y a Viktor Adler, pero no se encuentra a políticos austrohúngaros de estatura internacional como Ferdinand Beust o Gyula Andrássy. Viena puede haber sido el hogar de la innovación estética y/o de la modernización social, pero en sus diversas representaciones, sigue siendo una *polis* sin política, excluida de las relaciones internacionales, alejada de las marañas globales. Uno no puede visualizar a la Viena de principios del siglo XIX, la Viena de Metternich, sin considerar la diplomacia internacional de la política europea; en las imágenes de la Viena de fin de siglo, es como si el arte moderno y los movimientos sociales desplazaran a las inquietudes políticas internacionales. Esta tendencia es amplificada por la reducción de la cultura austrohúngara a la municipalidad, la ciudad capital, como si nada estuviera ocurriendo en otro lugar de la monarquía o en el resto del mundo. Y es precisamente esta enfática separación de la metrópolis insular con respecto al resto del mundo lo que puede contribuir a explicar la actual fascinación por Viena y el gótico regreso de Francisco Fernando.



La negación de la política, que casi engendra una provincialización no intencionada de la metrópolis representada, Viena, está enclavada en dos descripciones relacionadas entre sí. La primera, que deriva de la política cultural del Imperio, ubica a Austria en el cruce del Norte, Sur, Este y Oeste de Europa, donde los alemanes, eslavos y latinos se encuentran; es el mediador, el poder medio, el terreno neutral entre las zonas culturales-políticas circundantes; es Europa Central, idealmente separada de los grandes poderes que la rodean. Esta tradición es luego revivida después de 1945 y, en una segunda versión, especialmente en el contexto del tratado estatal de 1955. Para usar la frase del recientemente ele-



Peter Handke



Ödön von Horváth



Friedrich Naumann

gido presidente, el "ejemplo austriaco" implica neutralidad, una zona europea amortiguadora empeñada en retener su autonomía política con respecto a los bloques de los superpoderes en el Este y en el Oeste.

La actual fascinación por Viena es el corolario cultural al "ejemplo austriaco". Corresponde a una reconsideración de la posibilidad de una identidad política y cultural específicamente europea, o de manera más apropiada, centroeuropea, definida fuera de y en contra de las esferas de influencia de la OTAN y del Pacto de Varsovia. Un vistazo a las recientes discusiones políticas confirma esta sugerencia. Entrevistado en el *Tageszeitung* de Alemania Occidental después del bombardeo americano a Libia, el periodista británico Fred Halliday abogó por una disolución de la OTAN y, casi haciéndose eco del presidente austriaco, invocó el modelo de una "solución austriaca" para Europa Occidental.

Al mismo tiempo, se llevó a cabo una conferencia en Viena para aclarar la relevancia contemporánea del concepto *Mittleuropa*. Finalmente, eligiendo un texto del movimiento pacifista de Alemania Occidental que puede representar a muchos otros textos, el volumen *Neutralität für Mitteleuropa: Das Ende der Blöcke* de Jochen Loser y Ulrike Schilling (1984) propone el término "Austrianismo" como una alternativa para los títulos peyorativos "Neutralismo" o "Finlandización". Los autores insisten pragmáticamente en que "a pesar de las diferencias ideológicas y políticas existentes, todos los Centros Europeos que viven entre Francia y la Unión Soviética han desarrollado fuertes intereses comunes que los capacitan para conformar su existencia autónomamente en una Mitteleuropa confederada como una comunidad neutral de estados soberanos". Ellos esperan declarar a Viena el centro de lo que denominan "una Mitteleuropa como zona de paz", y concluyen convocando a la Unión Soviética a tomar la iniciativa, como de hecho lo hizo durante las negociaciones de la neutralidad austriaca en 1955, y a tomar pasos diplomáticos "para abrir una perspectiva austriaca para todos los centroeuropeos".

Las exhibiciones sobre Viena y el ejemplo austriaco: el lugar puede ser el mismo, pero la congruencia geográfica puede no ser suficiente para crear un argumento convincente. ¿Qué tiene que ver, después de todo, Egon Schiele con las discusiones sobre la neutralidad centroeuropea, salvo por el aparente accidente de la ubicación? La hipótesis política recién delineada casi parece sufrir del



mismo reduccionismo señalado en la discusión anterior sobre los presupuestos de los museos. Sin embargo, esta conexión política es crucial, aunque sólo se vuelva convincente en conjunto con una segunda hipótesis, una hipótesis cultural. La Viena de "fin-de siècle" es fascinante porque el material histórico cultural que incluye proporciona un rico campo para explorar la anómica y lábil formación de identidad en la modernidad del siglo XX. Ella enmarca la tensión entre la racionalidad científica y la utopía estética, y da cuenta de la desorientación de la conciencia cívica, la transformación del ciudadano burgués en el moderno consumidor. El movimiento político, que apunta hacia el ejemplo austriaco para destacar la neutralidad centroeuropea, puede implicar una respuesta a esa confusión cultural, un esfuerzo por encontrar una identidad colectiva, o, de manera alternativa, puede exacerbar esa confusión, a tal grado que la neutralidad implique una negociación de los genuinos desafíos y conflictos políticos.

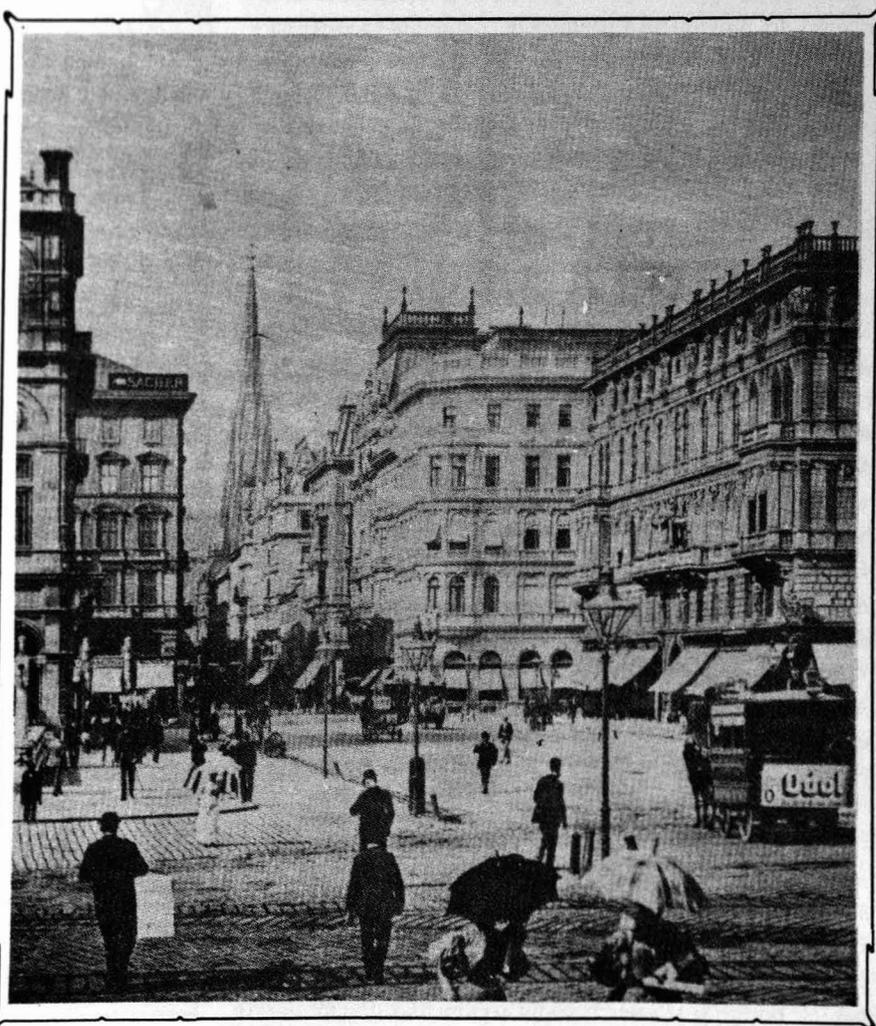
En su introducción al catálogo de Viena, Schorske resume su seminal relato sobre la cultura de "fin-de-siècle". Dos legados austriacos distintos, el racionalismo de la Ilustración y la irracionalidad estética de la Contrarreforma barroca, combinados brevemente en la "síntesis cultural" de mediados del siglo XIX, llevada a cabo por la burguesía liberal que nutrió a una cultura estética tradicionalmente aristocrática mientras perseguía su propio proyecto de modernización capitalista. Para Schorske, esta síntesis fracasó debido a los efectos subjetivos posteriores al *crash* de 1873 y al surgimiento de movimientos sociales antiliberales en la derecha y en la izquierda. El mismo modernismo vienés resulta ser inherentemente antiliberal, la revuelta de una generación más joven contra la cultura de los "fundadores" de los 1860. Razón y arte, iluminismo y barroco, que una vez habían parecido compatibles, nuevamente se polarizaban. De ahí la antinomia de un modernismo archirracionalista en las obras de Alfred Loos y Karl Kraus, y por otra parte, la irracionalidad subjetiva de los pintores secesionistas y los escritores de la Joven Viena.

La descripción de Schorske es rica y valiosa, pero sus conclusiones más impor-

tantes se aclaran sólo si son pensadas en términos de procesos sociales y culturales más amplios. Las dos tradiciones que él identifica, la cultura racional y la estética, ciertamente tienen manifestaciones específicas en la historia austriaca, pero la dicotomía es característica de la modernización europea en general y de la separación de esferas valorativas particulares. Por ejemplo la autonomización del arte y de la ciencia. Más aún, la crisis de la cultura liberal de mediados del siglo, el colapso del mercado de valores y el surgimiento de movimientos sociales, no pueden ser convincentemente vistos como un *deus ex machina*, un accidente inexplicable que cayó sobre la burguesía austriaca. Por el contrario, fue una consecuencia del fracaso del proyecto de modernización, de la reducción de la racionalidad iluminista a la razón instrumental y a la lógica del mercado, y de la transformación del liberalismo político en el liberalismo económico de la doctrina del *laissez-faire*.

Mientras que la razón científica y el

arte autónomo siguen siendo normativamente incompatibles, todas las exhibiciones sobre Viena demuestran cómo la modernización del capitalismo de fines del siglo XIX exigía una estilización cada vez mayor de la vida cotidiana: desde la feria mundial de 1873 pasando por el desfile de Makart en 1879 hasta el nacimiento de la industria cultural en las operetas vienesas y la estetización industrial de los objetos prácticos en la *Wiener Werkstätte*. Mientras que los géneros y las formas de los objetos del arte institucionalizado —el dominio de la alta cultura— atravesaban la transformación radical asociada con el modernismo clásico, las consideraciones artísticas se extendían hacia otras esferas de la actividad social, poblando el mundo con objetos de consumo y reemplazando los patrones de formación de identidad tradicionales, incluida la conciencia política. El resultado incluye la viabilidad de los movimientos sociales, como el socialismo cristiano y el marxismo austriaco, organizados para administrar los nuevos costos de una esfera social estetizada.



En la medida en que la Viena de fin de siglo incluye la innovación estética (Klimt, Kokoschka) como también la estetización omnipresente (Makart, el diseño de interiores), circunscribe tanto las posiciones modernistas y postmodernistas en la discusión crítica contemporánea. De ahí parte de su fascinación cultural hoy. Sin embargo, en la medida en que Viena apunta al colapso de la racionalidad liberal y de la identidad política, se corresponde con las hipótesis políticas ya descritas. Pues las diversas proposiciones políticas para Europa Central como alternativa para el Este o el Oeste (o lo que sea) siempre —y en especial en el siglo XX— sugieren que Europa Central es la portadora de una misión cultural especial, en contraste, por ejemplo, con un racionalismo vacío o un individualismo atomista, o un barbarismo anti-cultural adscrito a otras unidades políticas. Se podría incluso decir que la misma noción de cultura como un dominio distinto, venerado, y de alguna manera redentor de la actividad humana, es un producto específicamente centroeuropeo, un producto de diversas aspiraciones centroeuropeas. Es esta sustancia cultural, que legitima la misión de una Europa Central política, la que puede estar bajo escrutinio en las exhibiciones sobre la fascinante Viena.

La política de neutralidad

La atención política que recientemente se le ha dado a la noción de autonomía centroeuropea es, en gran medida, un resultado del movimiento pacifista de Alemania Occidental y de los debates sobre la colocación de los misiles *Cruise* y *Pershing*. En un discurso en Londres en 1977, Helmut Schmidt destacaba un desbalance estratégico cada vez mayor en Europa. Dada la superioridad numérica de las fuerzas convencionales del Pacto de Varsovia como también la presencia de los misiles nucleares soviéticos de rango medio (SS-20), los Estados Unidos serían capaces de resistir una hipotética invasión soviética a Europa Occidental sólo confiando en su potencial nuclear intercontinental. En otras palabras, el balance militar forzaría a Estados Unidos a transformar un conflicto europeo local en una guerra nuclear global. Sin embargo, fuertes presiones políticas volverían a cualquier presidente americano renuente a arriesgar un ataque de represalia soviético sobre las ciudades americanas sólo por defender a los aliados en Europa Occidental. Por lo tanto, la pretensión americana de defender Europa Occidental perdería su credibilidad a menos que fuera instituida una alternativa, un modelo de respuesta flexible, bajo la forma de misiles nucleares de rango medio para la OTAN. Según este argumento, tales misiles permitirían una defensa de Europa Occidental sin atacar el territorio de la Unión Soviética desde bases norteamericanas.

En 1979, la OTAN adoptó la así llamada “doble decisión”, el programa de despliegue de estos misiles de rango medio a partir de 1983, a menos que el otro rumbo de la doble decisión, la continuación de las negociaciones en Ginebra, tuviera éxito. Desde el comienzo, la doble decisión fue extraordinariamente controvertida, especialmente en Alemania Occidental, donde la izquierda podía argumentar que los nuevos

misiles implicaban la posibilidad de un conflicto nuclear que tendría lugar solamente en territorio alemán. La respuesta flexible parecía ser menos una defensa en contra de una invasión soviética que una tentación para los estrategas americanos para lanzar un primer ataque, puesto que, a los ojos de la izquierda alemana occidental, el mayor desafío a la paz no era Moscú sino Washington. Esta percepción se acrecentó, por supuesto, después de la elección presidencial americana de 1980 y el inicio de la administración actual con su pensamiento-en-voz-alta sobre ganar una guerra nuclear; el debate se agrió debido al sentido de persecución, expresado por algunos comentaristas de Alemania Occidental, de que uno o el otro, o ambos, de los superpoderes esperaban una guerra limitada precisamente porque ésta sería librada en Alemania. La crítica a los misiles, por lo tanto, se insertaba fácilmente en una visión de enclaustramiento, la que a su vez generaba llamados a una resistencia nacional alemana o centroeuropea en contra del peligro externo, en especial de los Estados Unidos.

A pesar del retoñar del más vasto movimiento de protesta masivo en la historia alemana de posguerra, los misiles han estado siendo colocados desde fines de 1983. Este proceso debe ser visto a la luz de dos factores más amplios: la declinación en la doctrina de la disuasión nuclear, con sus críticos en la izquierda y en la derecha, y el total colapso del *détente* entre las superpotencias. En la medida en que una coexistencia pacífica parecía posible, la división de Europa heredada desde la conferencia de Yalta tenía, al menos, la virtud de mantener la paz europea. Sin embargo, a medida que la beligerancia real y los golpes verbales marcaban las relaciones internacionales en la última mitad de la década pasada, la ubicación masiva de tropas americanas y rusas en Europa Central pareció ser, cada vez más, un mechero en espera de explotar. Esta percepción se ve reforzada por cada paso característico de la política exterior de la actual administración americana: el apoyo a los contras nicaragüenses, la invasión a Granada, la insistencia en el SDI, el bombardeo a Libia, y la renuncia a los SALT II. El resultado es que en Alemania Occidental (y en Gran Bretaña) la administración actual ha generado, con éxito, movimientos políticos de oposición ansiosos de disolver la OTAN y de explorar diversos modelos de neutralidad política.

El rechazo a la política exterior americana y a la OTAN ha sido incorporado en la plataforma del Partido Verde y ha coloreado fuertemente el nuevo programa de los Social Demócratas. Incluso los políticos conservadores han comenzado a quejarse del desbalance de la alianza Atlántica. Sin embargo, más importante que estos ejemplos específicos es la reapertura de un debate fundamental sobre política exterior en Alemania Occidental, un reexamen de la orientación occidental, de la cuestión nacional alemana, y del *status* de Alemania en Europa.

Figuras tan diversas como el editor de *Spiegel*, Rudolf Augstein, el director de cine Werner Herzog, y los neutralistas Loser y Schilling han abogado por un nuevo patriotismo alemán. En cierta me-



dida esto es, por supuesto, otro caso de imitación alemana occidental de procesos americanos contemporáneos, aunque sea un patriotismo dirigido fundamentalmente en contra de la política exterior americana. Sin embargo, no está dirigido en contra de los estados europeos vecinos. Por el contrario, el resurgimiento de la cuestión nacional alemana está ligado generalmente a modelos por una esfera neutral en Europa Central. Entre las propuestas alternativas —y que a menudo se superponen— se puede diferenciar:

1. Una oposición ecológico-fundamentalista a toda las estructuras estatales, posición susceptible de ser cooptada por el populismo derechista de los llamados nacional-revolucionarios.

2. Los esfuerzos relativos de *realpolitik* de la facción parlamentaria de los Verdes por promover el *détente* y, por lo tanto, por contribuir indirectamente a la reducción de las tensiones europeas. Sin embargo, es una tercera posición la más interesante en este contexto: apuntando al redescubrimiento de la cuestión nacional alemana por parte de la Nueva Izquierda, han surgido propuestas abogando por una zona no alineada, neutral, y desmilitarizada en Europa Central, a ser lograda por un proceso que incluya un tratado de paz entre los aliados de la Segunda Guerra Mundial y Alemania. Esto implica ya el paso siguiente, la constitución de un gobierno alemán, usualmente visualizado como una confederación de los dos estados alemanes; y finalmente, una confederación de los Estados centroeuropeos. Así, en 1984, Otto Schily propuso una Unión de Paz centroeuropea que incluyera a las dos Alemanias, Austria, Checoslovaquia, Hungría, Polonia, los Países Bajos, Bélgica, y Dinamarca. Loser y Schilling agregaron Rumania, Yugoslavia y Luxemburgo. Su meta a largo plazo es una "Europa de Estados entre los Urales y el Atlántico" autónoma, recordando el slogan del movimiento pacifista de una zona no-nuclear "entre Polonia y Portugal".

Los argumentos a favor de una neutralidad centroeuropea están orientados a evitar una confrontación entre las superpotencias como también a promover la autodeterminación de los europeos. Los argumentos en contra de la neutralidad apuntan hacia la consecuencia es-

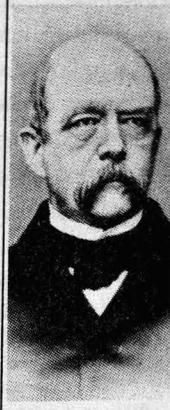


tratégica de largo plazo, la debilitada presencia americana, el fortalecimiento de la posición militar soviética, y una posible "finlandización" de Europa Central y Occidental. Quienes abogan por la neutralidad, a su vez, rechazan este concepto como un mito de la Guerra Fría. Sus propuestas de revisión del *status* geopolítico de Europa generan amargos ataques a lo que se denomina "la política del *status-quo* socialdemócrata", la proclamada colonización de Alemania Occidental por Estados Unidos, y la inclinación histórica de Adenauer hacia el Oeste en el periodo de postguerra. Loser y Schilling miran incluso más atrás, buscando una combinación entre el acomodo de Bismarck con Rusia y la perspectiva europea de Stresemann en Locarno. En otro lugar se ha discutido un reaceramiento con el Este en términos de un "nuevo Rapallo". Estas referencias alternativas indican tanto la fluidez de la discusión contemporánea sobre la identidad nacional alemana y, quizás de manera más importante, el anclaje de esta discusión contemporánea en una extensa historia de las consideraciones sobre la organización territorial alemana en relación con la política centroeuropea. El punto no es que los defensores de la neutralidad o de una confederación alemana están simplemente repitiendo posiciones familiares, al menos desde el establecimiento de un Estado-nación alemán unificado, sino que sus propuestas derivan de una larga e importante tradición y consideraciones estratégicas similares. Es útil, por tanto, recordar algunos de sus precursores.

Al denunciar la opción de Adenauer por una Alemania Occidental "pequeña" más por un Estado neutral y reunificado, y, al mismo tiempo, al buscar algún tipo de Confederación centroeuropea entre Este y Oeste, las propuestas de neutralidad contemporáneas se hacen eco de críticas similares a la solución bismarckiana de una pequeña Alemania misma que produjo el moderno Estado-nación alemán al excluir el antiguamente existente otro país Alemán, la Austria del siglo XIX. Algunos de los argumentos de uno de los más grandes publicistas de los 1870, Constantin Frantz, suenan notablemente familiares. Considérese primero la demanda geopolítica: la pequeña Alemania de Bismarck —hoy día uno diría "la Alemania dividida"— jugada en las manos de un gran poder, la Rusia zarista, cuyo impulso expansionista sólo podría haber sido bloqueado por una confederación de Alemania y Austria-Hungría. Este argumento es probablemente plausible pero históricamente insostenible; es citado sólo como una anticipación de demandas contemporáneas de que



El emperador
Guillermo II



Otto von Bismarck

una Confederación alemana podría disminuir la influencia de las superpotencias en Europa Central.

En segundo lugar, en términos de política doméstica, Frantz aseveraba que la solución de una Alemania pequeña bajo la forma de una Alemania prusianizada necesariamente llevaba a un Estado centralizado y militarista. Su alternativa confederada implicaba un ejército descentralizado, pues cada uno de los principados alemanes habría retenido su propio ejército. Mientras que el resultado podría ser un sistema de defensa técnicamente menos efectivo, una desmilitarización general y una declinación en las tensiones internacionales serían su corolario. Nuevamente, una cierta afinidad con la discusión contemporánea sobre neutralidad es inequívoca: la paz europea a través de una Confederación centroeuropea.

Frantz ubicaba su visión en el antiliberalismo usual en los 1870 (el mismo antiliberalismo que, según Schorske, impulsó la dinámica del modernismo vienés). Este antiliberalismo incluía una hostilidad a la individualidad iluminista y a la legislación de las libertades civiles (hoy “derechos humanos”): un rechazo al capitalismo *laissez-faire* en nombre de estructuras económicas corporativas; y, relacionado por imagen y sugerencia con los otros dos aspectos, un antisemitismo conservador. En lugar de la pequeña Alemania centralizada de Bismarck, Frantz abogaba por un genuino *Reich*, un término que usaba para indicar tanto una diferenciación particularista interna como una disolución tendencialmente expansionista de las fronteras externas. Mientras que otras naciones, en deuda con la ley romana, podrían culminar en organizaciones estatistas, la forma política propiamente alemana incluía tanto la autonomía regional como demandas universalistas. Tal *Reich* tiene, finalmente, un rol histórico especial, tal como Frantz lo señala: “Alemania se volverá la base real para todo el sistema de paz europeo y para el establecimiento gradual de una Confederación europea, que hallará su modelo en la Confederación alemana. No por nada Alemania está en medio de Europa y está por tanto predestinada a volverse el mediador general.”

Frantz establece claramente una delgada línea entre un internacionalismo neutral y un expansionismo chauvinista. Aquí probablemente lo primero sea una coartada para lo segundo. La constelación de antiliberalismo y confederacionalismo político reaparece décadas después en una forma algo diferente, cuando la *Nationalpolitik* alemana de Bismarck había sido transformada en una guillermina *Weltpolitik* imperialista.

Ya en los 1890, se encuentra al reformador social Friedrich Naumann, por ejemplo, reproduciendo la misma ambivalencia señalada en las especulaciones europeas de Frantz. En el “Catecismo Nacional-Social”, Naumann define su concepto de “Lo nacional” como “el impulso del pueblo alemán para extender su influencia a través del globo”, pero él liga luego esta forma de expansionismo a una estrategia defensiva de “agrupar los poderes medios de tal manera que los poderes mundiales no estrangulen todo”. Los poderes mundiales eran, por supuesto, Inglaterra y Rusia.

Mientras que Frantz describía su modelo de descentralización regional con referencia al Reich medieval, Naumann urge a sus compatriotas a aprender del federalismo del mo-

delo austriaco. El programa de una alianza de “poderes medios” llega a significar una organización política de las nacionalidades de Europa Central, una extrapolación de la solución austrohúngara. Debe ser lo suficientemente flexible para respetar la autonomía local, pero lo suficientemente coherente para resistir las presiones del cerco hostil de 1914. En palabras de Naumann: “Esto es *Weltpolitik*: participación en el emergente sistema intencional. El pueblo alemán no desea ser marginado de este proceso. No desea dejar de lado la regulación de la organización humana de la tierra y el mar en manos de la asociación de los antiguos colonizadores: no desea ser aislado y destrozado entre romanos y eslavos: debe, por lo tanto, defenderse y por lo tanto envía a sus hijos a la batalla, sin temer nada y sacrificando todo.” Ejemplo típico y no especialmente egregio del entusiasmo en los inicios de la Primera Guerra Mundial, este pasaje enfatiza la imagen de Alemania “entre romanos y eslavos”, entre Occidente y el Este. La imagen seguirá siendo crucial para la reconstrucción de la identidad nacional alemana y para las discusiones geopolíticas sobre el rol de Alemania en Europa Central como el defensor de particularidades locales en contra de los imperios superpoderosos. Porque es Naumann mismo en su libro *Mittleuropa* (1915) quien introduce el término Europa Central como un concepto político más que simplemente geográfico, la Confederación de los Estados centroeuropeos en contra de una amenaza externa en ambos frentes: “Después de esta guerra seremos capaces de mover montañas. Ahora o nunca estableceremos una unidad entre Este y Oeste, *Mittel-europa*, entre Rusia y los poderes occidentales.”

El proyecto geopolítico de Naumann estaba íntimamente ligado con “un programa económico específico, el moderado anticapitalismo del movimiento social cristiano, y su modelo de una Confederación centroeuropea tendía necesariamente a incluir ciertos rasgos domésticos distintivos. Para facilitar una organización política multinacional, Naumann reconocía la importancia de conceder una buena parte de autonomía local, especialmente en asuntos culturales, tales como educación y religión. Sin embargo, un mosaico europeo de nacionalidades regionales implicaban una resistencia premoderna a la secularización y a la diferenciación cultural dentro de cualquier comunidad local dada. Así, Naumann rechaza específicamente la noción de una cultura de la modernidad internacional, el abstracto “hombre de ferrocarril”. La Confederación hace referencia aparentemente, a una colección de agrupaciones conservadoras y parroquiales, marcadas por la misma hostilidad al individualismo liberal que había expresado Frantz.

Este antiliberalismo cultural conservador se vuelve particularmente problemático en el caso de la población judía. Debido a que en gran medida ellos aún no habían sido tocados por el sionismo, los judíos eran el único grupo étnico europeo (con excepción de los gitanos) que carecían de una orientación territorial específica. Así, ellos eran los portadores idóneos de una mentalidad centroeuro-



pea genuina, así como en Austria-Hungría ellos tendían a ser particularmente atraídos por el concepto multinacional más que por un nacionalismo local. Sin embargo, precisamente porque Naumann visualiza una *Mittleuropa* organizada en torno a una autonomía cultural local, no puede reconocer a los judíos como una comunidad cultural genuina, urgiéndolos en lugar de ello a elegir una cultura huésped en la cual pudieran asimilarse. Él define la cuestión judía como una cuestión social más que nacional —una posición que es especialmente problemática, puesto que su programa político anticipa un fortalecimiento de las nacionalidades, más que de los grupos sociales, ya ni se diga de los individuos.

El antiliberalismo y el antisemitismo inherentes a la Confederación centro-europea de Naumann están compuestos de un rasgo estructural antidemocrático. Dado el amplio margen de las culturas políticas en el área centro-europea, que van desde las aspiraciones liberales en Occidente hasta condiciones casi feudales en el Este. Naumann es renuente a establecer un órgano parlamentario central, porque esto implicaría un cambio hacia una democracia electoral destinada a espantar a los participantes conservadores. Por lo tanto, Naumann proponía una confederación que trataría de mantener sus compartidas inquietudes económicas y de política exterior a través de comisiones no-elegidas que no serían responsables ni ante una legislatura elegida. Aunque le cueste disculparse con los distritos electorales liberal-demócratas, es evidente que su versión de *Mittleuropa* requiere una reducción de la cultura política a un común denominador mínimo. En la práctica, esto habría significado un paso atrás aún con respecto al parlamentarismo mínimo del Imperio alemán, aunque sí habría sido compatible con el propio corporativismo de Naumann. Frantz hizo un movimiento similar, cuando se quejaba de que el centralismo bismarckiano transplantaba formas políticas occidentales y las imponía sobre la especificidad de las condiciones alemanas. Subyacente a este argumento está, en realidad, una ideología específicamente alemana: la de que las instituciones democráticas son expresiones características de la cultura de Europa Occidental (romana, en otra ver-



Arthur Schnitzler



Robert Musil



Hugo von Hofmannsthal



Sigmund Freud



Joseph Roth

sión) que no tienen validez universal y, en particular, ninguna resonancia orgánica dentro del contexto alemán. Variantes de esta demanda resurgieron después de la Primera Guerra Mundial en los ataques conservadores a la República de Weimar, impuestos, según se afirma, por los vencedores en Versalles; en los argumentos del ala izquierdista de que Alemania Occidental es una creación de maquinaciones occidentales; y en la neutralidad relativa del anterior Secretario General de las Naciones Unidas, quien propone el “ejemplo austriaco”, ansioso por destacar que la democracia no es una meta universal y de que las críticas occidentales a las dictaduras del Tercer Mundo están, por lo tanto, fuera de lugar.

Algunas de las ideas de Naumann recurren al pensamiento político de Max Weber durante la Primera Guerra Mundial, recientemente publicado en las nuevas *Obras Escogidas*. En especial en el discurso crucial “Alemania entre los poderes Europeos Mundiales”, pronunciado en Munich el 28 de octubre de 1916, los rasgos de una discusión tradicional de la identidad nacional alemana y las relaciones internacionales se vuelven admirablemente claros. Al igual que Naumann, Weber presenta el esfuerzo de guerra alemán como un asunto de autodefensa, rechazando por tanto los ataques del campo aliado, como también los del emergente movimiento antiguerra local. Sin embargo, y nuevamente al igual que Naumann, Weber dedica considerable energía a una denuncia de las fantasías expansionistas de la Liga Pangermánica, cuya política emocional, teme Weber, podría en última instancia lastimar las realidades políticas genuinas de los intereses nacionales alemanes.

Para Weber, este interés nacional real es, como en los argumentos de Frantz y Naumann, una consecuencia de la ubicación geográfica alemana en el centro del continente. Flanqueada por los más importantes poderes del Este y el Oeste, siempre deberá buscar políticas de alianza en ambas direcciones, lo cual requerirá un máximo de flexibilidad. Sin embargo, si Alemania fuera a alienar totalmente un gran poder, Inglaterra, por ejemplo, a través de una anexión a Bélgica, se volvería totalmente dependiente del otro poder, Rusia; es decir, totalmente subordinado. El interés nacional alemán, por lo tanto, significa preservar una autonomía con respecto a Este y Oeste, para mantener una competencia permanente entre los poderes rivales.

Aunado a esta visión de Alemania, en alianza con Austria-Hungría, como un poder neutral o un tercer poder entre Este y Oeste, Weber insiste en el rol de Alemania como defensor de las pequeñas naciones en contra de las exigencias hegemónicas de la Rusia paneslávica y de los imperios colonialistas de Francia e Inglaterra. Sólo Alemania, como la más amplia de las naciones centro-europeas, será capaz de proporcionar “un contrabalance a las superpotencias” y prevenir una división del mundo entero entre Este y Oeste. De otra



Max Weber

manera, él predice un sombrío destino para la humanidad, destinada a caer en las garras ya sea del "aburrimiento de la convencionalidad anglosajona, o la desolación de la burocracia rusa". Mientras que Frantz insertaba su análisis en el antiliberalismo de los 1870 y Naumann confiaba en el corporativismo del Socialismo Cristiano, Weber insistía de manera característica en un heroísmo político. A sus ojos, el destino y la geografía habían marcado a Alemania con el deber de defender la libertad y Alemania no podía escapar al desafío. Si Alemania rehusaba su rol geopolítico o si Alemania había renunciado incluso a volverse un poder mundial al resistirse a la unificación de 1871, los alemanes se verían envueltos todavía en el conflicto global: "los estados de la Confederación del Rin estarían peleando a favor de los intereses franceses, los otros se habrían vuelto una satrapía rusa, o como en el pasado, habrían proporcionado el escenario de la guerra." Así, a menos que Alemania pudiera establecer su autonomía entre Este y Oeste, se volvería una víctima de ambos. Este argumento, que Weber planteó hace setenta años, es prueba suficiente de que la discusión contemporánea en el amanecer del movimiento pacifista con respecto a la OTAN y a la neutralidad representa una continuación de los cálculos de política exterior alemana tradicional y de un debate referente al *status* de Alemania en Europa.

En este sentido, Este y Oeste son considerados como males simétricos, cifras para la dominación imperial por superpoderes similares. Weber, por supuesto, entiende que sus culturas políticas son diferentes, pero la diferencia es, en última instancia, irrelevante, puesto que conceptualiza la política exterior alemana —en realidad la política de cualquier nación— como la búsqueda de un interés nacional central e indiferenciado. Tal política exterior bilateral, que se dirigiría a las necesidades de los alemanes de derecha y de izquierda como miembros de la misma nación, no debería ser contaminada por inquietudes heterogéneas, manejadas de manera más apropiada en otros contextos. De allí su insistencia en una perspectiva internacional ciega a cualquier consideración de valores secundarios: "Han habido tiempos cuando algunos han simpatizado con la cooperación con Inglaterra *porque* eran liberales. Ahora eso está superado, de una vez y para siempre. De manera similar han habido partidos que desvergonzadamente lisongeaban a Rusia *porque* eran conservadores. . . Los hombres que mezclan sus antipatías domésticas en nuestra política de guerra y paz no son, para mí, políticos nacionales, y una coalición genuina con ellos es imposible. Solo nuestra posición internacional específica y nuestros intereses exteriores deberían de determinar nuestra política exterior." Tal como lo hace en las discusiones sobre la modernización cultural, Weber insiste también aquí en la separación de las esferas de valor: la búsqueda sería de política exterior implica una exclusión de todo interés y preocupación. Entre Este y Oeste, Alemania debería sólo considerar su ventaja internacional y poner entre paréntesis cualquier reflexión sobre valores políticos. La admonición supone que una Alemania autónoma podría comprometerse en alianzas con las superpotencias circundantes sin sucumbir gradualmente a ninguna esfera de influencia y sin ninguna consecuencia para su

propia constitución doméstica. Este supuesto probablemente ya era falaz en 1916, y lo ha sido aún más en los periodos siguientes. El periodo no ha sido superado "de una vez y para siempre" cuando los políticos alemanes ligan aún la política exterior a las consideraciones domésticas, y este es, a su vez, el lazo entre las reflexiones de Weber y el debate contemporáneo sobre neutralidad. Sin embargo, queda aún por verse en qué medida quienes proponen hoy la neutralidad entre Este y Oeste repiten la separación de Weber entre política exterior y los modelos alternativos de cultura política.

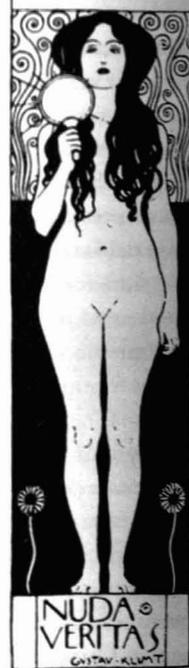
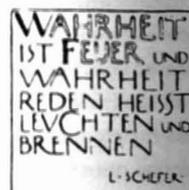
Tan diferentes como puedan ser los análisis de Frantz, Naumann y Weber, emerge un conjunto de características que parece adherirse a sus modelos de una identidad política de una Europa Central neutral. La noción de Confederación parece, a veces, tener un carácter emancipatorio, a grado tal que promete defender la particularidad local y la autonomía de comunidades nacionales más débiles. Sin embargo, este gesto emancipatorio está combinado con estructuras autoritarias: el alejamiento de principios liberales y democráticos tentativamente establecidos en el siglo XIX. El *status* de minorías étnicas sigue siendo, en el mejor de los casos, ambiguo y en el discurso mismo de un lugar entre Este y Oeste parece estar marcado por un sentimiento de persecución que puede ser fácilmente revertido en un expansionismo imperialista propio.

Algunos de estos rasgos negativos resurgieron después de la Primera Guerra Mundial en los esfuerzos del movimiento Paneuropeo de revisar el Tratado de Versalles en términos políticamente conservadores. ¿En qué medida ellos reaparecen también en la discusión contemporánea sobre neutralidad, dados sus esfuerzos por revisar los resultados de la Conferencia de Yalta? El punto no es sugerir que las posiciones contemporáneas son idénticas a las de Frantz, Naumann y Weber, que son a su vez distintas unas de otras. Sin embargo, dada una comprensión similar del conflicto Este-Oeste, y una invocación similar al modelo austriaco, y un llamado similar por una Confederación centroeuropea centrada en Alemania, no se puede rechazar de antemano la posibilidad de una continuidad sustantiva.

Quienes proponen una neutralidad centroeuropea señalan estar ansiosos por escapar a las recriminaciones recíprocas de la retórica de la Guerra Fría. Sin em-



Thomas Bernhard



bargo, no se puede evitar encontrar aquí una curiosa asimetría, una renuencia a criticar a los países del Pacto de Varsovia. Porque, como con Naumann, un defensor de la Confederación tenderá a rehusar medir una cultura política local con promedios externos. La búsqueda de una Confederación requiere un relativismo cultural que se resista a juzgar condiciones políticas en términos de normas universales. Este agnosticismo resulta ser compatible con la separación weberiana entre intereses geopolíticos y las esferas de valor alternativas: la política europea se vuelve idealmente ajena a un escrutinio interno de los Estados europeos individuales. En consecuencia, los Estados no-democráticos no pueden ser criticados por una carencia de derechos democráticos. En la literatura contemporánea sobre neutralidad se encuentran por lo tanto trivializaciones sobre los ataques occidentales a la violación soviética de los derechos humanos, una posición extraordinariamente cercana al anti-liberalismo de Frantz. La campaña de derechos humanos es tratada como propaganda, que vale la pena evitar si se le otorga absoluta prioridad a la reducción de tensiones internacionales a través de una Confederación.

Esta proclividad a la autocensura, que puede y representar un tipo de "finlandización" de una Alemania Occidental neutral, fue evidente en la respuesta a la declaración de ley marcial en Polonia: como fue asumido que la Unión Soviética no podía ya permitir el crecimiento de *Solidaridad*, el golpe de Jaruzelski fue visto como una garantía de la paz europea en la medida que anticipaba una invasión rusa. Una paz neutral, al parecer, tendería a incluir un alto grado de tolerancia a la represión de la oposición local.

Una renuencia similar a criticar a la Unión Soviética ha generado recientemente acalorados debates en la unión de escritores de Alemania Occidental. Cabe destacar que esta extraordinaria moderación de la crítica pública puede ser no sólo un resultado de tendencial simpatía prosoviética o de un antiamericanismo revertido sino una consecuencia también del modelo de neutralidad. ¿Qué significa preguntar si sectores de la prensa de izquierda de Alemania Occidental están ya actuando como si estuvieran en un esta-



Universidad de Viena (1873-1884)

do neutral? ¿Tendría consecuencias una declaración de neutralidad reconocida en términos de la ley internacional establecida para la libertad de la prensa y los derechos civiles formalmente garantizados?

Resulta que precisamente esta pregunta ha sido planteada en la literatura sobre el ejemplo austriaco, que, como ya se ha señalado, es frecuentemente citada como modelo para una Confederación centroeuropea neutral. Una interpretación común, *La neutralidad permanente de la República de Austria*, de Alfred Verdross, insiste en que la neutralidad legal de un Estado no significa, necesariamente, la neutralidad de la prensa. Ni tampoco restringe necesariamente la libertad de opinión de la ciudadanía. Este principio fue señalado en una declaración del gobierno austriaco del 26 de octubre, 1955. Sin embargo, mientras que la ley de neutralidad no incide directamente en la prensa, sí obliga al gobierno a proteger la política general de neutralidad tomando medidas domésticas para asegurar que el Estado no será empujado a conflictos externos. Esto podría implicar, por lo tanto, una regulación del debate público, para prevenir cualquier posibilidad de

erosión de la imparcialidad en el caso de disputas internacionales. Según Verdross: "Como principio, un estado permanente neutral debe decidir qué medidas ser tomadas para darle credibilidad a su neutralidad y protegerla contra peligros internos y externos. Durante la Segunda Guerra Mundial, Suiza, por ejemplo, impuso ciertas restricciones a la prensa para no ser arrastrada en la guerra a través de una actitud unilateral por parte de la prensa." Podría presumirse, por lo tanto, que una Alemania neutral, según el modelo austriaco (que ha seguido explícitamente el modelo suizo) estaría ansiosa por prevenir a su prensa de adoptar una actitud unilateral, por ejemplo, sobre los derechos humanos en Europa Oriental. La amarga crítica hecha por el presidente austriaco a la prensa occidental, una fuerte defensora de la neutralidad, confirma esta conjetura. Es como si algunos centroeuropeos estuvieran preparados a adoptar la burla hecha por Bismarck que Weber cita en el discurso señalado anteriormente: "Eventualmente cada tierra es, después de todo, responsable por los vidrios rotos por su prensa."

Parece ser, entonces, que los defensores contemporáneos de la neutralidad para Alemania y/o Europa Central han heredado, de verdad, una buena porción del legado del discurso centroeuropeo del pasado: una vacilación sobre los derechos civiles liberales, un resonante silencio sobre la cuestión de los judíos soviéticos (un asunto de importancia tan central en la izquierda francesa), un apoyo extremadamente limitado a los movimientos democráticos en Polonia, y una auto-censura profiláctica en el debate público. Es como si la cultura de la neutralidad anticipara ya las consecuencias de una retirada americana y de la extensión de la hegemonía soviética en una Europa Central no-alineada, porque la neutralidad de Europa Central podría ser efectiva sólo si estuviera armada hasta los dientes —Alemania no es comparable a la neutral Suiza con su natural defensa topográfica— algo que ninguno de los defensores de la neutralidad propone. ¿Puede una hipotética Europa Central sustituir su poderío militar ausente por una especie de legitimidad cultural que garantizara la lealtad de sus ciudadanos? Para Weber, precisamente tal identidad cultural motivó la devoción de sacrificio de los soldados alemanes al estado imperial en la Primera Guerra Mundial. Históricamente, Europa Central ha expresado ser un espacio privilegiado de cultura, y la Viena de fin de siglo fue precisamente su centro. ¿Es viable una cultura de la neutralidad hoy en día, o es el discurso mismo de la neutralidad un síntoma de la crisis cultural?

Europa Central y la cultura

En la introducción al catálogo de Viena [*Las dos culturas austriacas y su destino moderno*, ensayo publicado en este número], Schorske da un ejemplo vívido de las tensiones en el tardío siglo XIX austriaco examinando el cambio de la representación de la cultura en algunos de los más famosos cuadros de Klimt. La pintura del interior del Burgtheater de 1888-89 fue realizada a la manera de un moderado realismo histórico, prueba de la depresivamente temprana proximidad de Klimt a la obra de Makart. Uno mira hacia el público a lo largo de una delicada línea diagonal desde el escenario hasta el fondo de la sala la construcción de las filas de balcones, que se pierden hacia el interior, enfatizando la perspectiva profunda, y la decoración ornamental del cielorraso está claramente detallada. El público está reunido para una presentación y tanto el atuendo formal como los inflexibles semblantes difícilmente transmiten algún particular estímulo eléctrico. Sin duda es una multitud bastante acartonada, el envejecido público representante de los “años fundadores” liberales sin nada del entusiasmo dionisiaco al cual los jóvenes modernistas, incluyendo a Klimt, estarían entregándose pronto.

Sin embargo, el máximo monumento a la cultura liberal del siglo XIX estaba más allá: el nuevo edificio de la universidad sobre la Ringstrasse, la espléndida morada para la racionalidad ilustrada, la exactitud científica y la interrumpida fe en el progreso humano. A pesar de inaugurarse en 1888, su rasgo simbólico más importante (la representación de las disciplinas en el cielorraso del auditorio) no fue completado hasta el comienzo del nuevo siglo.

Schorske muestra un registro detallado de la controversia

que siguió a la develación de la pintura de Klimt *Filosofía*, en 1900. Fue un ultraje al público liberal y a los racionalistas universitarios de la Facultad, expresando audazmente una nueva cultura de irracionalismo estético que parecía contradecir el gusto y los valores culturales del *establishment* clasediero. La claridad del Renacimiento fue abandonada; adentro y por fuera de una radiante oscuridad flotan misteriosamente formas ambiguas y figuras míticas asómanse sobre un estrellado cielo. He aquí la descripción de Schorske: “[. . .] la Tierra desaparece sumergiéndose en el cosmos infinito y tenebroso que parece unificar el cielo y la atmósfera brumosa del infierno. Los cuerpos entrelazados de la humanidad doliente se desplazan con suavidad. Tan sólo el rostro en la parte baja del cuadro evoca un espíritu poseedor del conocimiento. Klimt lo intituló *Das Wissen*.”

La distancia entre las dos pinturas, el “Burgtheater” de 1888 y *Filosofía* de 1900, resume la transformación de la cultura austriaca en el periodo y señala la connotación primaria del título *Viena, fin-de-siècle*. La Tradición decimonónica que deriva de la Ilustración parece llegar a su fin, desplazada por las indagaciones modernistas entre la ambigüedad, la interioridad psicológica y la irracionalidad del mito. Si bien esta ruptura fue en efecto el fin del iluminismo *tout court* —y todas esas posiciones pueden ser discutidas— por el momento es menos importante que el hecho de que esta ruptura fue vivida como un corte radical, un conflicto generacional en el cual la progenie modernista dio la espalda al legado racionalista, denunciado enfáticamente como la cultura de los padres.

Mientras que los pintores secesionistas y los escritores de la Joven Viena trataron a la cultura-de-cambio-de-siglo como un *novum* temporal (es decir, la transición de un siglo XIX de razón a una modernidad subjetivista), la misma antinomia fue desplegada por todas partes a través de un terreno histórico. Viena, o, más generalmente, Austria, llegó a ser identificada como la cuna privilegiada de la cultura estética, una utopía austral contrastada con el seco racionalismo del Norte prusiano. Por ejemplo, Naumann invocó con ansiedad este *tópos* en su defensa de una *Mittleuropa* organizada alrededor de una confederación de Alemania y Austria-Hungría. Mientras Berlín pueda proporcionar la pericia técnica y una disciplinada ética de trabajo, debe recurrirse a Viena para el gusto y el refinamiento estético. Sólo tal combinación centroeuropea de talentos podría abarcar una cultura completa capaz de producir lo que el práctico Naumann tiene en la cabeza: bienes industriales diseñados atractivamente para competir con éxito en el mercado internacional. *Mittleuropa* no estará preparada para sobrevivir económicamente a menos que incorpore el arte austriaco: “nosotros tenemos más caballos de fuerza y ustedes [los austriacos] tienen más música. Nosotros pensamos más en cantidades, los mejores de ustedes en cualidades. Permitid que nuestras aptitudes se unan para que la verdadera cultura neogermánica pueda, gracias a vuestra ayuda, recibir el toque de elegancia que la hará más apetitosa en todas partes.”

Una interesante variación de la demanda de Naumann de tiempos de guerra para combinar la tecnología alemana y el arte austriaco está presente en los ensayos que Hugo von Hofmannsthal escribió como propagandista del Ministerio Im-

perial de Guerra en Viena. Como Naumann, Hofmannsthal insiste en la diferencia Norte-Sur y en el privilegio estético de Austria. Aun mientras que el objetivo de Naumann es reforzar su proyecto de una Europa Central con argumentos culturales, Hofmannsthal está ansioso al insistir en la especificidad de la contribución austriaca al producto de guerra combinado. La capacidad germánica para sostener el predominio militar en el continente no será capaz de establecer un régimen político consistente a menos que vaya acompañada por un componente cultural. Así, Hofmannsthal dice: "Austria es el especial dictado de conciencia del espíritu alemán en Europa. Señalada por la historia, es el campo de un absoluto imperialismo cultural (. . .) Austria debe ser reconocida una y otra vez como *la conciencia alemana en Europa.*"

Naumann y Hofmannsthal identifican a Austria como el portador específico de la cultura centroeuropea; pero para el último "cultura" es mucho más que el desarrollo del diseño industrial. Es más el dominio del "Espíritu", la insistencia en la prioridad de los valores religiosos, estéticos, individuales, sin los que cualquier comunidad política permanecería fundamentalmente insegura. Sin embargo, el "imperialismo cultural" de Hofmannsthal es el medio con el cual el Imperio Austrohúngaro ha podido consolidar una confederación multinacional bajo la hegemonía alemana (al menos eso piensa Hofmannsthal).

Se concluye que la cultura austriaca no es sólo una variación local de otras culturas nacionales. El término "cultura austriaca" tiene un significado mucho más enfático: significa la absoluta prioridad de una dimensión cultural específicamente sobre los intereses secundarios de la política, la economía y lo militar; y semejante priorización cultural parece ser el prerrequisito para el establecimiento de una coherente Confederación de naciones centroeuropea.

Con mucha amenidad, Weber también insiste en el crucial papel de la legitimación cultural, que no eclipsa los asuntos políticos, pero que sin duda ensombrece los factores económicos —un aspecto al que resta importancia tanto en el discurso de 1916 como en su temprano estudio de la ética protestante. Sin embargo, ahora la polaridad geográfica sufre una inversión. A los ojos de Weber, Austria-Hungría está mutilada por la pérdida de una cultura uniforme, un detalle que ejemplifica refiriéndose a la situación del oficial germanoparlante que no tiene una lengua en común con los soldados de ori-



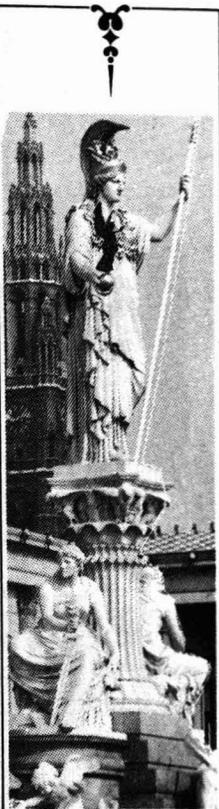
gen multinacional bajo sus órdenes. Por el contrario, ahora es Alemania la que obtiene su fortaleza de la vitalidad de su cultura en términos weberianos: la unidad del Estado, es decir, el aparato político entendido como el portador de la identidad cultural.

Mientras esta unidad de Estado y nación le da a Alemania (de acuerdo a Weber) una consistencia cultural y una superioridad sobre sus enemigos durante la Primera Guerra Mundial, poco después de la guerra Thomas Mann retomó precisamente el mismo argumento (la unidad del Estado y la nación como fuente de la cultura) para defender a la joven República de Weimar de sus opositores domésticos. Refutando a grupos conservadores que insistían que la democracia era un sistema extranjero, al cual Alemania había sido forzada por el Tratado de Versalles, Mann intentó subrayar una versión específicamente alemana del gobierno democrático que tituló "la República Alemana"

De tal modo, él contrasta la República con el Imperio guillermino (juzgado inadecuado porque excluía a la nación de la injerencia en asuntos de Estado) y luego procede a contrastarla también con formas políticas generalmente extranjeras, situadas en las ya familiares alternativas Este y Oeste. En el Este ruso (zarista o bolchevique), él observa una propensión al despotismo místico, donde el inaccesible Estado permanece distante por encima de la sociedad, y el individuo desaparece entre las masas privadas de derechos civiles. Él percibe una oposición diametral en el Occidente democrático, donde, sin embargo, la extrema atomización del interés personal capitalista priva al individuo de una genuina entrada a una comunidad vital. Al final, es sólo en Alemania donde Estado y nación, lo individual y lo colectivo, los valores privados y públicos coexisten en una síntesis que garantiza auténtica humanidad y cultura. La República, sostiene Mann, es la expresión política de esta síntesis.

Ninguna de estas diferentes conceptualizaciones de principios del siglo XX tiene significado directo e inmediato en la actualidad: demasiada historia ha intervenido y transformaciones demasiado radicales han marcado las vicisitudes del conjunto de objetos y prácticas llamado "cultura". No obstante, este marco histó-

rico-intelectual señala una constelación de interrogantes dentro de las cuales se extiende la discusión contemporánea de una identidad cultural centroeuropea. Puesto que las reflexiones sobre la construcción de la identidad nacional alemana se cruzan con visiones del Este y del Oeste cada vez que la cuestión alemana es planteada, es posible que el problema de *Mittleuropa* luego siga detrás. Debido a que esta *Mittleuropa* carece de continuidad dinástica y homogeneidad étnica, no puede depender de la legitimación de un relato histórico unilineal. Europa Central no es una isla soberana. La cultura deviene tanto el sustituto, el reemplazo de una confederación política realmente existente como el motivo para vivir. Este nexo explica parcialmente el especial papel representado por los intelectuales y las elaboraciones literarias en las recientes formulaciones de la identidad centroeuropea.



Evidentemente, la discusión sobre la neutralidad comenzó como respuesta a un hecho político concreto, la doble decisión de la OTAN en 1979. Sin embargo, ese simple hecho podría no haber conducido a una reacción de la escala del movimiento pacifista germano occidental si no hubiera tocado la nervadura cultural que dio a los debates una urgencia alarmante. Esta prefiguración cultural puede encontrarse en la así llamada *Tendenzwende*, el giro cultural de los medianos años setenta. De hecho, el carácter de la transformación es reminisciente en múltiples sentidos de la experiencia de la nueva cultura de la Viena *fin-de-siècle* y quizá no sea fortuito que es en este preciso periodo cuando el público lector de Alemania Occidental comenzó a dirigir más su atención a la escena literaria austriaca, aún parcialmente enquistada en las tradiciones de la primera parte del siglo. Uno piensa en la proximidad de escritores como Peter Handke y Thomas Bernhard a los juegos del lenguaje de Wittgenstein.

En un torrente de artículos que fueron escritos alrededor de 1974, un solo paradigma aparece periódicamente en muchas variaciones. La cultura del movimiento estudiantil de los sesentas, pretendidamente marcada por la razón iluminista, el realismo estético y el compromiso político, fue declarada en bancarrota. Su negativa a considerar las historias individuales y la experiencia emocional disecó su literatura, que en lo sucesivo tuvo que ser reemplazada por un diferente tipo de texto teniendo en cuenta el sello de la "nueva subjetividad".

No nos concierne tratar aquí si este desplazamiento implicó un retiro de la política hacia la reposada intimidad o, como las feministas podrían decir, una extensión de la política en la esfera personal. Tampoco la dudosa reducción de los sesentas a la razón radical, una representación que omite toda la extravagancia de la contracultura, se relaciona con la actual discusión. La cuestión es solamente que el proyecto cul-

tural emprendido combinó una preferencia explícita por la irracionalidad con una fascinación por la identidad personal, en donde la identidad implicaba una sustancia original, previa a cualquier mediación social o histórica. Por lo tanto, me he referido a la *Tendenzwende* en términos de un "discurso de la autenticidad" en otros ensayos.

Es esta versión de la identidad fundada en una especificidad personal incuestionable y permanentemente asediada por las fuerzas amenazadoras de la mediación externa la que proporcionó el modelo cultural para la respuesta política a la doble decisión de la OTAN. Después de casi una década de insistencia narcisista sobre la identidad privada, el contexto político indujo una colectivización del discurso de la autenticidad (transición de la subjetividad personal a la identidad nacional). Esta singular predisposición psicológica explica las originales formulaciones del movimiento pacifista germano occidental que, comparado al desarrollado correspondientemente en los Estados Unidos, en un principio prestó menor atención a los expertos en ciencias naturales y sus preocupaciones acerca de las consecuencias ecológicas de una guerra nuclear que a una supuesta amenaza a la supervivencia de la identidad nacional alemana. Sin embargo, fue finalmente la propensión subjetivista dentro del movimiento alemán, derivada de la cultura literaria, la que llevó adelante un reexamen de la cuestión alemana y, a partir de allí, de la neutralidad y de Europa Central.

Esta transición de la subjetividad individual a la nacional



tuvo también manifestaciones literarias. Mientras que el culto a la personalidad privada de los setentas fue acompañado por una ola de formas privadas —historias personales, memorias autobiográficas, descripciones de vida familiar— los escritores recientemente han comenzado a introducir relatos de la historia nacional. A diferencia de la literatura de los sesentas acerca del pasado alemán, que estuvo centrada en el “revelamiento” del pasado nazi para diferenciar el presente de aquél o para denunciar cualquier continuidad evidente (*Billar a las nueve y media* de Böll), la ficción histórica más reciente insiste sobre las relaciones continuas con el pasado alemán para examinar la especificidad de la cultura nacional. De tal modo, *Encuentro en Telgte*, de Grass, traslada cuestiones contemporáneas al siglo XVII, hacia el final de la Guerra de los Treinta Años. Desplazamientos similares pueden encontrarse en el cine, desde los melodramas políticos aún comprometidos de Fassbinder en los tempranos setentas, hasta la repetida tematización de identidad e historia nacional en años recientes, muy notoria en la película seriada *Heimat*.

El hecho no es que todo este material sea terriblemente nacionalista (alguno lo es) sino que la cuestión nacional ha llegado a considerarse con frecuencia creciente en la literatura y el cine. Tan sólo como las recientes series de exposiciones internacionales indican, la Austria-de-cambio-de-siglo ha desplazado el interés anterior por la República de Weimar, al interior de Alemania la literatura memorística más antigua (que se las veía con los sucesos del Tercer Reich), fue sustituida por un interés en la identidad colectiva. Esos dos deslizamientos en materias de interés público son, por supuesto, sólo dos lados de la misma cuestión, que solía ser formulada con dramática brevedad: *¿Qué es alemán?* (¿la particularidad de pequeños Estados-naciones o la aspiración a la hegemonía europea?). Esta ambivalencia se repite a través de la literatura actual e incluso caracteriza los hábitos de lectura del público germano occidental que ha comenzado a prestar más y más atención a otros países germanoparlantes en busca de sus obras: no únicamente Austria, sino también Alemania Oriental y Suiza, cuyos autores son leídos específicamente por su identidad regional. La cultura proporciona la unidad centroeuropea que no puede ser alcanzada mediante la política.

Así, no es sorprendente encontrar que los escritores tomen un papel de liderazgo en la discusión de la identidad alemana o centroeuropea. La dirección de los recientes debates ha sido precisada por argumentaciones literarias y muchas de las discusiones en torno a una revisión de la Conferencia de Yalta y la creación de una Confederación centroeuropea tienen que ver con las demandas concernientes a la especificidad de la cultura europea. Sin embargo, las discusiones actuales en la arena política, las diversas proposiciones para redibujar el mapa de Europa, son mucho más radicales que las posiciones expresadas por personalidades literarias, muchas de las cuales parecen rela-

tivamente cautelosas. Esta diferencia es particularmente notable en el caso de Peter Schneider, cuya novela *Der Mauerspringer* fue apreciada por Werner Herzog como signo de un *nuevo patriotismo* —como si Schneider fuera el defensor de un neonacionalismo. La extraordinaria malinterpretación de Herzog es paradigmática. Sin duda alguna, Schneider es el ejemplo preciso del escritor que transitó del nuevo subjetivismo de la identidad personal en *Lenz* hasta la discusión de la identidad nacional alemana; pero, no obstante la opinión de Herzog, aquél no concluye con la invocación de un Renacimiento germánico. Por el contrario, *Der Mauerspringer* sitúa la particularidad de la identidad alemana exactamente en su carácter dividido; la corta vida del Estado bismarckiano unificado destruido por Hitler representa la excepción, no la norma, en la historia alemana. Es difícil ver cómo la dirigencia de un Estado protector en Europa Central, el corazón de lo que necesariamente sería una Alemania reunificada, garantizaría la libertad personal y la vitalidad cultural, más propensa a ser aplastada. Un debate cultural es todo lo que une a los dos Estados alemanes, pero la división política permanece indeleble, quizá el rasgo más visible de la identidad alemana. Es un legado de la historia que no puede ser rechazado sin ser injustos con la misma identidad nacional que el patrocinador de la neutralidad se propone defender.

Como Peter Schneider, un escritor germano oriental, Rolf Schneider, también percibe los esfuerzos por revisar la organización política de Europa Central con un inquebrantable escepticismo. Puesto que insiste en que la división de Alemania no fue una imposición arbitraria de potencias extranjeras sino la consecuencia de la historia alemana en sí (de la agresiva guerra de Hitler), él critica los intentos alemanes por establecer una Confederación centroeuropea ignorando el legado real de la historia nacional así como los urgentes proyectos políticos contemporáneos que son sacrificados en la búsqueda de la ilusión de la neutralidad. Además, denuncia el mito de una misión centroeuropea, probando con suficiencia que el material histórico analizado anteriormente (el culto de una *Mittleuropa*), conserva cierta aceptación general entre los proponentes de la neutralidad. Euro-



Günter Grass



pa Central nunca fue una zona pacífica de mediación entre Norte y Sur, Este y Oeste; fue, por el contrario, expresión de las demandas hegemónicas de la élite del Imperio guillermino y de Austria-Hungría basadas en una "doctrina radical de la superioridad de los pueblos germánicos. Estos sueños de omnipotencia fueron compartidos por el sajón Richard Wagner y el Kaiser Hohenzollern Guillermo II, el caballero austriaco Von Schönerer y el alcalde de Viena Karl Lueger. Esta doctrina dio un giro violento y arrastró a toda Europa a una catástrofe en la figura de Adolf Hitler, nacido en la frontera austroalemana. Quienquiera que esté alimentando fantasías centroeuropeas perpetúa esos sueños putrefactos. Sería mejor que terminaran", resume Rolf Schneider.

Para Peter Schneider, la identidad alemana depende de su división, en torno a la cual puede formalizarse una discusión cultural. Para Rolf Schneider, la división de Alemania representa el fracaso del Nacionalsocialismo y por consiguiente el requisito previo para cualquier actividad cultural deseable. Mientras que los argumentos políticos para la Confederación son mayormente articulados en Alemania —son apenas localizables en otra parte, ya que sólo en Alemania las fronteras internacionales parecen tener un carácter provisional— la élite literaria es más escéptica. En consecuencia, la defensa más fuerte de la noción de Europa Central es la de un escritor checo, para quien Yalta no es el resultado de un pecado nacional. Sin embargo, incluso para Milan Kundera no existe una Europa Central originaria: solamente Este y Oeste, herederos de la antigua división del Imperio Romano. Europa Central es, si acaso, un producto de Yalta, la rendición de los territorios fronterizos de Occidente a la dominación del Este, una templanza que debe más al legado del despotismo zarista tradicional que al moderno comunismo soviético. Compuesta por los Estados sucesores del Imperio habsbúrgico, Checoslovaquia, Polonia y Hungría, Europa Central emerge como región específica por desgracia sólo en el momento histórico en que es separada del Occidente al cual históricamente perteneció, para ser sujeta a un control extranjero dispuesto a la erradicación de las culturas locales.



Hermann Broch



Peter Schneider



Milan Kundera



Wittgenstein



Adolf Loos

De acuerdo a Peter Schneider, la noción de una cultura centroeuropea unificada es una imposibilidad; para Rolf Schneider, el indeseable proyecto de revivir un plan imperialista alemán; para Kundera la cultura de Europa Central sólo opera a manera de reminiscencia. La Unión Soviética persigue una política de destrucción de las culturas de las pequeñas naciones europeas y Occidente, el primer hogar de la sensibilidad específica de lo que él considera como "cultura" ha abandonado su compromiso y entrado en una fase postcultural de postmodernidad. La predicción de Weber de 1916 parece ser cierta: un mundo dividido entre "el tedio del convencionalismo anglosajón y la desoladora burocracia rusa"; pero el dilema es percibido más ominosamente en el exilio checoslovaco que en las dos Alemanias, integradas con provecho cada una a su respectivo bloque.

Si la cultura es incompatible con cualquiera de las superpotencias, Kundera tampoco la ubica en relación a una identidad nacional populista. La plausibilidad de un fundamento de la cultura en alguna identidad étnico-racial terminó con el Tercer Reich, si no antes; pero descartando esa forma de irracionalismo no se admite un fácil regreso al optimismo progresista del siglo XIX. Los defensores del realismo socialista y del *diamat* se han percatado de ello y, en cualquier caso, podría ocasionar una retirada tras la cultura del modernismo vienés que Kundera tanto atesora como el último esplendor de Europa Central.

El dilema de la cultura en la postmodernidad significa la imposibilidad de ambas soluciones: la insuficiencia de cualquier nacionalismo totalitario, siempre asfixiante e intolerable, tanto como la disipación de toda especificidad regional que promete identidad local sólo para desaparecer dentro de la lógica de dominio. El vaivén entre estas no-posiciones explica la propuesta de la prosa de Kundera, sus relatos del siempre inconcluso deseo, ya que cualquier conclusión podría implicar una clausura hostil al verdadero proyecto de la cultura moderna, existente siempre en un momento penúltimo, justo antes de la destrucción. Semejante definición de la cultura conserva, más que en cualquier otro lugar, en el reino centroeuropeo de Austria-Hungría, la herencia cultural que ha desaparecido más de la Austria neutral que inclusive de los Estados sucesores en la esfera soviética.

¿A dónde fue la cultura de Austria, tan difundida en las recientes exposiciones? Hace un siglo, las limitaciones del liberalismo burgués cedieron su lugar a una revuelta generacional de la que se generó la cultura de la Viena *fin-de-siècle*. Su sensibilidad mítica no fue restringida a la pintura que Klimt preparó para el cielorraso de la universidad, en la que el conocimiento conceptual aparece como diminuta nota de pie de página de un cosmos irracional. La misma sensibilidad se repitió en una nueva cultura política, que combinaba los gestos radicales de la revuelta con una nueva retórica del mito. Esa cultura-de-cambio-de-siglo no solamente es celebrada ahora en los grandes museos: también se perpetúa, detentada por los conservadores austriacos y convertida al nacionalismo. ♦

Copyright Telos